

UN GRAN MENORQUIN

El día 4 del presente mes de marzo, falleció en Mahón, a las ochenta y seis años de edad, don Francisco Hernández Sanz, una de las grandes personalidades de la isla de Menorca, exactamente el máximo historiador y erudito de la Baleárica Minor, como la isla fué llamada en la antigüedad.

La isla de Menorca ha dado personalidades de gran temple y de recio carácter: navegantes, marinos, aventureros, diplomáticos, eclesiásticos. Ferragut, el marino, uno de los creadores de la potencia de los Estados Unidos en el mar, nació en Menorca (1) El doctor Orfila ilustró los anales médicos ochocentistas de la capital de Francia con su fascinadora y sorprendente personalidad. Era mahonés. Don José María Quadrado era ciudadelano. El papel más violento y sarcástico que ha salido de una pluma indígena en el siglo pasado se debe a la temperatura polémica de un menorquín: es la réplica que Quadrado escribió contra «Un hiver a Majorque», de George Sand. ¿Por qué no se reedita este clamoroso documento, hoy totalmente agotado? La isla es pobre y sus hombres han debido darse más a la acción que a cualquier actividad especulativa o de cultivo de la sensibilidad. La isla ha sido un poco avara en la producción de poetas y artistas

(1) En realidad, no es así. El que nació en Menorca, en Ciudadela, fué el padre de Ferragut. El Almirante nació en los Estados Unidos. *N. de la R.*

en general. Tiene Menorca una poesía popular y un teatro vernáculo muy interesante. Ruiz y Pablo, excelente humorista, describió la vida y las costumbres de la isla en época inmediata, con mucho garbo y amenidad. Conocemos las novelas menorquinas de Mario Verdaguer, el título de una de las cuales «Piedras y viento», tiene una fuerza de calificación sintética admirable. Pero si a los menorquines no les ha dado, hasta ahora, por el alto vuelo, ello no quiere decir que algún día no lo emprendan y muy alto. La personalidad del señor Hernández Sanz demuestra, en definitiva, y en su terreno, que no hay terrenos acotados.

Es curioso pensar que la personalidad del señor Hernández Sanz se produjo coincidiendo con el impulso dado a la estimación de las cosas del país por el renacimiento literario catalán. Su personalidad se parece mucho a la de aquellos hombres de curiosidad ilimitada. Después de haber pasado sus años juveniles manteniéndose dibujando en las revistas barcelonesas del tiempo y actuando en los medios artísticos de nuestra capital —años que fueron, como es natural, borrascosos y animados— el ilustre menorquín trasladó a su tierra natal sus inquietudes peninsulares y ello originó un sin fin de actividades que llegaron a afectar el tono de la vida insular. Hombre de curiosidad polifacética entró en el campo, prácticamente virgen, del pasado de la isla y fué arqueólogo, historiador, plasmador con diversas técnicas artísticas de sus innumerables bellezas, escritor y erudito de dilatada penetración, creador y sostenedor del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón, (1) que se convirtió, con su portavoz, en la Prensa, la gloriosa «Revista de Menorca», en el núcleo cultural básico de la isla y de cuya magna obra, ya no se podrá prescindir —ni aquí, ni fuera de aquí— en todas las investigaciones que se lleven a cabo con posterioridad.

(1) Esta frase debe entenderse en su justo valor, por la grandísima parte que en ella tomó Hernández Sanz, pero sin sentido exclusivista.

N. de la R.

Sin duda porque debido a su situación geográfica la isla de Menorca estuvo tan mezclada a la gran política europea en la época de los últimos Austrias y de los primeros Borbones, la isla ha sido muy estudiada por la erudición extranjera. La bibliografía en inglés, francés y alemán sobre la isla, es notable por su cantidad y su calidad. Hubiera sido penoso que una tal corriente no hubiera motivado, ni se hubiera visto correspondida con una aportación de la curiosidad más directamente interesada. A ello obvió la formación de aquel Ateneo, de su biblioteca, de sus colecciones y de su revista y las vocaciones que se formaron en el estudio de los innumerables aspectos de la vida insular. Puede hoy decirse que Menorca es una de nuestras tierras que han sido con más diligencia y amor exploradas y una de las que ofrecen a la curiosidad del viajero un mayor caudal de noticias no fabulosas ni fantásticas, sino contrastadas. Lo que importa es que la labor iniciada por aquel núcleo de personalidades del ochocientos, en el que tuvo un lugar tan destacado el señor Hernández Sanz, no se interrumpa ni decaiga, que el número de menorquinistas aumente —pero no el número de menorquinistas de tercera o cuarta mano, manipuladores de papeletas construídas sobre papeletas que a su vez han sido construídas sobre otras papeletas. A lo que es muy dado el profesoralismo actual — sino de curiosos de primera mano, tengan o no tengan título, estén o no afiliados a alguna forma de mecenazgo estatizado. Menorca es un microcosmos de un interés considerable y en algunos aspectos de la historia y de la manera de ser, apasionante. Servirá quizás de excusa a una tal afirmación el hecho de que me encontré en Menorca, en el curso de los viajes que hice allí, como en mi propia casa, sin duda por una similitud de clima, de luz, de aire y de cordialidad casi familiar, que no puede desmentirse y que constituyó para mí un gran encanto.

Pronto hará treinta años del día que el señor Hernández

Sanz tuvo la inolvidable amabilidad del acompañarme al Ateneo de Mahón y de enseñarme lo que contenía la docta casa. Fué leyendo su «Historia de Menorca», que fué publicada en 1908, que en algunos aspectos monográficos ha sido superada pero que constituye todavía el mejor libro de información que sobre la isla se ha publicado, lo que excitó mi curiosidad por las cosas de la isla. Entonces, el señor Hernández era ya un hombre maduro y de gran personalidad. Era un admirable producto de la vida insular, y, por consiguiente, el corresponsal obligado de la curiosidad que en diversos ambientes culturales europeos Menorca provocaba. Era todo lo que uno hubiera querido ser en la vida: catedrático del Instituto, cronista de Mahón, archivero de la isla —recordaba un poco en este punto a los archiveros de las novelas de Anatole France— escritor, principal redactor de la «Revista», coleccionista de las bellas cosas de Menorca, animador del Ateneo y además cónsul general de la Reina Guillermina de Holanda en las islas Baleares. Sus estudios históricos le habían dado entrada en muchas academias nacionales y extranjeras y por sus conocimientos tuvo que recurrirse a su erudición para acompañar a los viajeros de nota que pasaron por la isla en los últimos años.

Cuando, hace menos de un año, ya muy enfermo y recluso en su casa, me despedí de él, sentí la emoción que produce la pérdida de un hombre que cumplió, en la vida, con su obligación, y trabajó por su país sin escatimar nada.

JOSÉ PLÁ